



www.loqueleo.com/ec

© 2003, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-933-1

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Febrero 2018

Quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Roger Ycaza

Actividades: Joan Ashwell

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación del libro: Ramiro Jiménez

Diagramación del cuaderno de actividades: Laly Moreno

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Amigo se escribe con H

María Fernanda Heredia



loqueleo



*A Elena y Eduardo,
por nuestros largos abrazos.*

*A Ana Lucía y Marisa,
por su presencia poderosa.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Capítulo inicial	11
H	15
El vecino	27
Ant	37
El diccionario	45
Geografía	57
El miedo	71
La verdad	83
La fiesta	91
El Borja	105
El listado	115
El fin de clases	123
El tiempo	131
La memoria	145
Biografía	149
Cuaderno de actividades	151



—Yo, a las arañas, ¿y tú?

—No.

—También a los aviones, ¿y tú?

—No.

—¿A la oscuridad?

—No.

—A quedarme sola, ¿tú no?

—...

—Anda, contesta.

—No, tampoco.

—No te creo, H. Debe haber algo que te produzca miedo. No finjas conmigo. ¿Acaso no somos amigos? Cuéntame.

H permaneció en silencio por varios minutos, continuamos caminando y ya no me atreví a decir nada más.



Unos metros antes de llegar a la escuela me dijo:

—A la memoria.

Yo no comprendí y entonces descubrí otro miedo en mí: el miedo a preguntar cuando la respuesta pudiera no gustarme.



A pesar de saberme una persona cargada de temores e inseguridades, pienso que el primer miedo que perdí fue a confesar cada una de mis debilidades ante H. 15

Llevábamos muy poco tiempo como compañeros de aula, como vecinos y como amigos. A pesar de que habíamos asistido al mismo jardín de infantes y a la mitad del primer grado, H tuvo que dejar la escuela porque su familia debió trasladarse a otra ciudad.

Su regreso, cinco años después, apenas despertó alguna curiosidad especial en nosotros, sus antiguos compañeros, durante los primeros días. Debo admitir que casi no lo recordaba. Tuve que recurrir a la fotografía de nuestra graduación en el jardín de infantes para intentar ubicar a H.

La visita al álbum de fotos escolar me resultó muy ingrata. El recorrido por páginas y páginas de fotografías con recuerdos de mis primeros años de escuela terminó por revelarme tristes realidades que creía olvidadas.

Me refiero a detalles como mi aspecto, o mis zapatos, o mi lonchera, o mis lentes.

16 Al mirar mi fotografía de graduación del jardín, no puedo evitar sentir cierto fastidio hacia mi madre, y es que no sé qué cosas pasaban por su cabeza cuando me peinó para la ceremonia: dos trenzas caían, una sobre cada hombro, y remataban en inmensos lazos de cinta roja. Hasta ahí ningún problema, ¿cierto? Pero debo indicar que jamás me he caracterizado por tener una abundante cabellera, por lo que mis trenzas lucían como dos colas de ratón atadas con cintas para que no escaparan de mi cabeza.

El asunto se volvía más notorio porque a mi lado derecho aparecía Claudia C., una niña que, sin duda, era la reencarnación de Ricitos de Oro. Sobre el niño que se encontraba a mi lado izquierdo no puedo hablar mucho: el lazo

de mi trenza era tan grande que le tapaba media cara. Imagino que cada vez que mira la fotografía debe sentir un odio profundo hacia mí o, por lo menos, hacia mi peinado.

Y sigo con más detalles: los zapatos. Esto amerita una explicación horriblemente minuciosa. Siempre escuché a mis padres decir que necesitaba zapatos ortopédicos. Esta palabreja me sonaba a chino, pero creía imaginar que mis pies debían tener algún desperfecto leve que podía ser corregido con los zapatos «especiales» que me compraban.

Tampoco esto suena grave. Pero debo aclarar que los zapatos especiales eran sencillamente espantosos. Todas las niñas usaban zapatos con una o dos correas; las más modernas lucían elegantes mocasines y yo, la «ortopédica», llevaba botines con cordones que me hacían sentir como si caminara sobre dos tanques de guerra.

Afortunadamente mis pies se corrigieron en el plazo de un año, de lo contrario mi historia habría sido, además de incómoda, vergonzosa.

La lonchera no aparecía en la fotografía pero soy capaz de recordarla de manera nítida. En aquella época yo era una fiel admiradora de la muñeca Barbie. Tenía una mochila de Barbie, una camiseta de Barbie, un estuche de lápices de Barbie, un paraguas de Barbie... y una lonchera de Tarzán.

18 Lo explico: en mi cumpleaños número seis la abuela me había regalado una lonchera de Barbie hermosísima. En ella aparecían Barbie y Ken en un precioso convertible color rosa. Pocos días después perdí mi regalo de cumpleaños en algún lugar de la escuela. Lloré tanto que la abuela llegó a casa con otra lonchera exactamente igual a la original.

Pero como nadie está libre de una desgracia, volví a perder mi lonchera y volví a llorar como una loca.

Esa vez, aunque la abuela me dijo que no me preocupara porque ella me compraría una nueva, mamá se lo prohibió, me regañó por descuidada y me llevó a la escuela para que buscara mi Barbie-lonchera en el cuarto de los objetos perdidos.

La única que ahí había era una de Tarzán. El portero de la escuela le dijo a mamá que nadie la había reclamado en mucho tiempo y que, si nos servía, podíamos tomarla. Yo supliqué que no, mamá dijo que sí.

Y para mi buena-mala suerte, aprendí a ser más cuidadosa, y Tarzán me duró hasta segundo año.

Para recordar mis lentes me bastó con mirar la famosa fotografía de la graduación... Los marcos tenían el grosor de un dedo y casi casi me cubrían toda la cara.

Siempre quise deshacerme de ellos. Inventé muchísimos «accidentes inesperados», pero parecían fabricados con hierro fundido porque, a pesar de todos los maltratos a los que los sometía, lucían como nuevos.

Recuerdo haber dormido sobre ellos, haberlos pisado y lanzado desde el segundo piso de la casa. Recuerdo que incluso en una oportunidad los enterré en el jardín e hice como si los buscara desesperada por todos los rincones imaginables. A punto de ganar la batalla, mi gentil y

hermoso perro Cuco, un sabueso viejo que tenía pánico atroz a los gatos, apareció con mis lentes en el hocico. Aquel día mamá premió a Cuco con comida especial y yo me di por vencida.

Solo dos años después logré que papá me comprara un nuevo par. Fue gracias a una sugerencia del oftalmólogo, quien consideró que necesitaba unos con diferente medida. Los nuevos eran bastante más pequeños y no tenían los oscuros y gruesos marcos que yo tanto odiaba.

En fin... esa era yo en el jardín de infantes y no reniego de mí, pero preferiría que no existiera mucho material que revelara mi condición de niña pequeña, con trenzas de cola de ratón, zapatos ortopédicos e inmensos lentes.

Al revisar detenidamente la fotografía de la graduación, cuatro filas más arriba de mí encontré a H. Lucía impecable, muy bien presentado y con una sonrisa como la que ponen solo aquellos que se saben fotogénicos a toda prueba.

Cinco años después no lucía muy distinto de aquella foto. Conservaba aún el rostro de niño bueno, pero sus piernas habían crecido

